

El Informe MacBride, 25 años después. Contexto y contenido de un debate inacabado

Miquel de Moragas, Mercè Díez, Martín Becerra, Isabel Fernández Alonso

Introducción

Este monográfico de *Quaderns del CAC*, dedicado al XXV Aniversario del Informe MacBride, es el resultado de una colaboración entre el Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC) y el Institut de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona (InCom-UAB)¹. Su pretensión es revisar, con la mirada puesta en los retos de la comunicación en el siglo XXI, la aportación de uno de los documentos sobre comunicación más influyentes de las últimas décadas.

No es un documento académico, en el sentido estricto del término, aunque sí tuvo importantes influencias académicas. Se trata de un documento impulsado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), cuyo valor emblemático nace de su propósito de tratar de la comunicación desde una perspectiva mundial, avanzándose a la idea, hoy mucho más evidente, de la mundialización de la información y el hecho de que la democratización de la comunicación debe plantearse desde esa dimensión.

El presente monográfico se propone hacer una revisión crítica del debate suscitado por ese documento y de las resoluciones adoptadas por la Unesco para comprender desde ellos los retos de la situación presente de la comunicación. 25 años después, en el contexto de la celebración de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (Ginebra 2003-Túnez 2005) se observan importantes diferencias, pero también grandes similitudes de fondo, especialmente en lo que respecta a la cuestión

básica de los desequilibrios comunicacionales.

Para emprender esta tarea de revisión crítica, hemos considerado necesario articular el monográfico en cinco apartados:

1. El primero, de carácter introductorio, incluye una presentación a cargo del consejero del Consell de l'Audiovisual de Catalunya Joan Manuel Tresserras, en la que se expone el porqué del interés que para este organismo regulador tiene la experiencia del Informe. En este apartado también se encuentra el presente texto, elaborado por los coordinadores del monográfico. Nuestra pretensión ha sido aportar referencias sobre los antecedentes, el contenido y las reacciones al Informe MacBride, procurando facilitar los conceptos clave que permitan a los lectores una interpretación contextualizada del mismo.

2. La segunda parte del monográfico ofrece la valoración e interpretación actualizada del Informe por parte de una veintena de expertos internacionales, a los que se solicitó su visión panorámica y comparada con la situación actual. Cabe citar que uno de estos expertos fue miembro de la Comisión que elaboró el Informe MacBride, se trata del tunecino Mustapha Masmoudi. Además, otros autores fueron testigos directos de aquel proceso, concretamente el venezolano Antonio Pasquali y el boliviano Luis Ramiro Beltrán. Colaboran asimismo otros significados investigadores de América Latina, región que tuvo un especial protagonismo en la génesis y desarrollo del Informe: Héctor Schmucler (Argentina) y Enrique Sánchez Ruiz (México). También se cuenta con el punto de vista de los expertos asiáticos Eddie Kuo y Xu Xiaoge (Singapur), así como de autores con una larga trayectoria en la investigación en comunicación internacional y políticas de comunicación: Hamid Mowlana y Andrew Calabrese (Estados Unidos),

**Miquel de Moragas, Martín Becerra, Mercè Díez,
Isabel Fernández Alonso**

Coordinadores del monográfico (InCom-UAB)

Gaëtan Tremblay (Canadá), Kaarle Nordenstreng (Finlandia), Armand Mattelart (Bélgica/Francia), Fernando Quirós (España), Robin Mansell (Reino Unido), Patricio Tupper (Francia), Claudia Padovani (Italia), Ulla Carlsson (Suecia) y Daniel Biltereyst, en colaboración con Veva Leye (Bélgica). Finalmente, también se ha incluido la perspectiva de autores que han analizado la comunicación internacional trabajando desde la problemática de las políticas de comunicación de naciones sin estado: Ramón Zallo (País Vasco), Miquel de Moragas y Josep Gifreu (Cataluña).

3. La tercera parte está dedicada a la comunicación internacional actual. Valério Brittos (Brasil) hace referencia a las condiciones de dependencia que afectan a la comunicación moderna. Divina Frau-Meigs (Francia) analiza el retorno de Estados Unidos a la Unesco, institución que abandonó en los años ochenta en parte por su orientación en temas de comunicación. Isabel Fernández Alonso (España) presenta una revisión de la actual política de comunicación de la Unesco. Finalmente, Martín Becerra (Argentina), catedrático Unesco de Comunicación (InCom-UAB) 2005, analiza las diferencias y los paralelismos entre el Informe MacBride y la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información. Fernández y Becerra son coeditores de este monográfico.

4. La orientación del último apartado es fundamentalmente testimonial. Por una parte, se reproduce un fragmento de las memorias de Seán MacBride en el que reflexiona sobre su experiencia al frente de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, que elaboró el informe objeto de este monográfico. Por otra, se recogen diversos testimonios de la prensa de la época (tanto internacional como española y catalana), que de manera generalizada acogió con hostilidad los trabajos de la comisión. Estos testimonios se acompañan de un artículo de Mercè Díez, también coeditora del monográfico, sobre el tratamiento que la prensa internacional dispensó a la Unesco entre 1974 y 1984, período clave de la discusión sobre la comunicación internacional en este organismo.

5. El monográfico ofrece, finalmente, información bibliográfica y enlaces a recursos disponibles en Internet para la ampliación de informaciones.

Los editores de este monográfico agradecemos al CAC

que haya hecho posible esta edición, en parte homenaje a quienes se esforzaron para abrir caminos a la democratización de la comunicación y, en parte, llamada de atención a los esfuerzos aún pendientes para hacer posible aquellos mismos ideales en el nuevo siglo.

Antecedentes: del desarrollismo a las teorías de la dependencia

La Unesco en sus primeros años de existencia, y coincidiendo con la Declaración de los Derechos Humanos de 1948, había centrado su atención en los temas relativos a la libertad de información, uno de los pilares de aquellos derechos fundamentales. Todavía estaba muy alejada de una concepción integrada de las relaciones entre comunicación, educación, cultura y tecnologías.

La Unesco de los años cincuenta (la URSS no se integró en esta organización hasta 1954) siguió basando su filosofía sobre la comunicación en aquellos postulados de derecho de la información. El interés por la estructura de la comunicación se despertó en los años sesenta con la publicación de los primeros documentos estadísticos sobre los *mass media*². A partir de estos trabajos y de las aportaciones de distintas corrientes sociológicas (con el protagonismo del funcionalismo) se empezó a elaborar lo que sería la ideología, o paradigma dominante, en los estudios de comunicación hasta la llegada del Informe MacBride en 1980: la teoría desarrollista o de la modernización, entre cuyos impulsores se cuentan los profesores estadounidenses Daniel Lerner³ y Wilbur Schramm⁴. La Organización de las Naciones Unidas adoptaba como propia esta teoría, según la cual la diseminación del conocimiento y las tecnologías de los países del Norte, así como la extensión de la influencia de los medios de comunicación de esos países, repercutiría directamente en el desarrollo de los países del Sur. Así, la superación de unos umbrales mínimos de acceso a medios de comunicación (por cada 100 personas diez ejemplares de diarios, dos asientos de cine, cinco receptores de radio...) ⁵ equivaldría a una garantía de desarrollo general.

En los años setenta estos postulados empezaron a ser claramente cuestionados por las nuevas teorías de la dependencia que consideraban que la aplicación del

modelo de comunicación “desarrollado” generaba dependencia, y que el subdesarrollo de la periferia era requisito necesario para el desarrollo del centro hegemónico. Influyeron también las nuevas teorías educativas de Paulo Freire⁶ y los autores de la nueva escuela de estudios de comunicación en América Latina, ya libres de la inicial influencia funcionalista e identificados con la teoría de la dependencia que inicialmente formularon Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto y Celso Furtado, entre otros. Exponentes de los primeros estudios de comunicación en América Latina con esa matriz crítica fueron Luis Ramiro Beltrán y Antonio Pasquali, con cuya colaboración contamos en este monográfico.

Paralelamente, la Unesco empezó a abrir sus foros a estos nuevos planteamientos, empezando por centrar su atención en dos aspectos que resultarían fundamentales para el enfoque futuro del Informe MacBride: las políticas de comunicación y el estudio de los flujos informativos. Así, en 1970, la Conferencia General de la Unesco acordó un programa de ayuda a los estados miembros para formular sus “políticas nacionales de comunicación” y en 1972 se organizaba en París la primera reunión de expertos en este ámbito⁷. Unos años más tarde, en 1974, la Unesco publicaba un libro verdaderamente emblemático: *Television Traffic. A One-Way Street?*, de Kaarle Nordenstreng y Tapio Varis, que demostraba las desigualdades en el flujo informativo internacional y aportaba nuevos argumentos a la teoría de la dependencia.

Todo este proceso se desarrolla en el marco de la Guerra Fría y, más concretamente, en el período de mayor expansión del Movimiento de Países No Alineados. En 1973, el mismo año en que se produce la primera de las denominadas “crisis del petróleo”, se celebra en Argel la IV Cumbre de Países No Alineados, que aprobó las líneas programáticas de lo que se llamaría el Nuevo Orden Económico Internacional. El concepto se basaba en la constatación de las desigualdades en la distribución mundial del trabajo y de la situación de dependencia de los países subdesarrollados, y proponía una vía de desarrollo independiente de los modelos capitalista y comunista. A partir de aquí, se sucedieron las declaraciones en favor de un sistema de relaciones diferente a nivel mundial en materia de comunicación —lo que se denominaría Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación

(NOMIC)— en los diversos debates sobre esta materia realizados desde mediados de los setenta⁸.

El informe de la Comisión para el Estudio de los Problemas de la Comunicación

De la XIX Conferencia General de la Unesco, celebrada en Nairobi en noviembre de 1976, emanó el mandato de crear una comisión de expertos cuya misión sería el estudio de los problemas de la comunicación. El encargo fue realizado al entonces director general, el senegalés Amadou Mathar M'Bow⁹. La Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación fue constituida en 1977 bajo la presidencia del irlandés Seán MacBride, una figura prestigiosa y de consenso: era cofundador y presidente de Amnistía Internacional (1961-75) y había recibido los premios Nobel (1974) y Lenin (1977) de la Paz. En la elección de los miembros de la Comisión se tuvieron en cuenta criterios de pluralidad y representatividad tanto ideológico-política como geográfica¹⁰. Además, el espectro del perfil de los miembros de la Comisión era muy amplio: desde personas relacionadas con el periodismo a diplomáticos o escritores, no necesariamente familiarizados con el estudio del sistema de comunicación a nivel internacional. Para llevar a cabo su cometido, la Comisión contó también con diversas aportaciones del ámbito académico¹¹.

El Informe final de la Comisión, presentado a la XXI Conferencia General, celebrada en Belgrado en 1980, consistió en un voluminoso documento, de unas 500 páginas¹², articulado en torno a cinco grandes temas:

1. Comunicación y sociedad: dimensión histórica e internacional.
2. Comunicación hoy: medios de comunicación, infraestructuras, integración, disparidades, propiedad y control.
3. Preocupaciones comunes: relativas a la circulación de la información, al contenido y la democratización de la comunicación.
4. El marco institucional y profesional: políticas de comunicación, recursos materiales, investigación, profesionales de la comunicación y normas de conducta.
5. La comunicación mañana: conclusiones y sugerencias, y aspectos pendientes de una investigación más profunda.

La rigurosidad metodológica no es uno de los puntos más destacables del documento, que además contaba con la dificultad inicial de la amplitud e indefinición de los temas a tratar. Aun así su contribución al debate sobre la comunicación internacional fue trascendental:

- a) Describe la situación de la comunicación en el mundo y constata sus desequilibrios, desentrañando los vínculos entre los problemas de la comunicación y las estructuras socioeconómicas y culturales, lo que otorga un carácter político a los problemas de la comunicación.
- b) Elabora recomendaciones de carácter ético y de defensa del derecho democrático a la comunicación, más que propuestas concretas de políticas de comunicación o de regulación.
- c) Reconoce los derechos inherentes a la información: participar en la producción (y no sólo en el consumo) de los flujos informativos; garantizar la diversidad de voces restringiendo los monopolios; defender los derechos de los informadores y de la libertad de prensa, y apoyar el desarrollo de las infraestructuras necesarias para el desarrollo de la comunicación en el mundo.

El documento, por su descripción-denuncia de los desequilibrios, por su compromiso humanista con el derecho a la información y por su referencia explícita al NOMIC se alineaba con las voces críticas de la comunicación y, por ello, fue duramente etiquetado como contrario al “libre ejercicio de la información” por parte de las posiciones más conservadoras y los grandes intereses industriales del sector, incómodos con el discurso crítico, pero más indispuestos aún a aceptar que este discurso se pronunciara desde un organismo intergubernamental como la Unesco.

Finalmente, en la citada XXI Conferencia General de la Unesco se adoptó por consenso la resolución que sancionaba el Informe. Se trataba, sin embargo, de una decisión altamente retórica, ya que no comportaba la adopción de propuestas concretas. Así, tal como Héctor Schmucler inicia su aportación a este monográfico, en el momento mismo de ser aprobado, el Informe MacBride “comenzó a pertenecer al pasado”.

Paradójicamente, en la misma Conferencia General de Belgrado se aprobó la resolución 4/19, que establecía las

bases del NOMIC —y cuya inoperatividad se iría confirmando con el paso del tiempo— y la creación del Programa Internacional para el Desarrollo de las Comunicaciones (PIDC), que retrocedía a un modelo de ayuda al desarrollo más relacionado con el paradigma del desarrollismo que con las ideas que inspiraron la reclamación de un NOMIC por parte de los países del Tercer Mundo¹³.

En esa etapa de Guerra Fría, la Unesco se encontraba constreñida por las dificultades para lograr el consenso y, en consecuencia, el Informe MacBride se vio condicionado por tres frentes, encabezados por Estados Unidos, la URSS y los Países No Alineados. Como señala Mattelart en este mismo *Quaderns*, las reacciones postMacBride respondieron a oportunismos de distinto origen: EEUU, defendía la doctrina del libre flujo de la información; la URSS, instrumentalizaba las demandas de los No Alineados para reafirmar su política de blindaje de fronteras, y los No Alineados, que contaban entre sus filas con algunos países que suscribían el NOMIC para camuflar las violaciones a la libertad de expresión en su territorio. A todo esto hay que añadir la posición de las grandes corporaciones, opuestas a la regulación y al desarrollo de los medios públicos, y la desarticulación de la sociedad civil. Las críticas al Informe, en gran parte vertidas por la autodenominada “prensa libre”, apenas si encontraron su contrapunto en círculos académicos de limitada influencia.

Críticas y valoraciones

El Informe MacBride no implicaba facultad mandataria, ni compromiso de los estados miembros de aplicación de sus conclusiones, pero reclamaba, por lo menos retóricamente, la necesidad de establecer políticas de comunicación democráticas en defensa de la identidad y del desarrollo. A pesar de ello, como señalan Daniel Biltereyst y Veva Leye en este monográfico, el Informe consiguió convertirse en un documento de referencia que llegaría a despertar importantes críticas, tanto desde la izquierda intelectual, como (sobre todo) desde posiciones conservadoras.

Las críticas conservadoras al Informe MacBride tienen un doble frente, claramente articulado entre sí. Por una parte, la posición política de Estados Unidos y el Reino Unido respecto del Informe o, más específicamente, respecto de la

política de la Unesco de apoyo al NOMIC. Por otra parte, la movilización de ciertas asociaciones profesionales y de grandes empresas del sector de la comunicación que ven amenazada su posición dominante por las descripciones y propuestas del Informe. De hecho, las reacciones contrarias de estos sectores habían empezado anteriormente a la conclusión de los trabajos de la Comisión, como se explica en el artículo dedicado a la relación de la Unesco y la prensa que se incluye en el cuarto apartado de este monográfico.

En lo que respecta a las valoraciones académicas, uno de los primeros autores en formular críticas desde posiciones de izquierda fue Cees Hamelink (1980 y 1987), como recuerda Kaarl Nordenstreng en su contribución a este *Quaderns*. Desde esta perspectiva, el análisis realizado por el Informe descontextualizaba la comunicación de la realidad social, económica y cultural, eludiendo diversos aspectos de controversia, tanto en los ámbitos de política interior —ausencia de democracia en algunos países defensores del NOMIC— como en el ámbito internacional —falta de análisis del verdadero papel de las multinacionales de la comunicación.

Las críticas también se refieren a la inutilidad —o la ingenuidad— del documento. Nordenstreng nos recuerda en este monográfico que muchas de las 82 recomendaciones del informe, sino todas, jamás se aplicaron. Para Schmucler “la multiplicación de documentos y declaraciones no lograron reorientar el camino que nos ha llevado a un mundo cada vez más injusto y cada vez más violento”.

Otras lagunas señaladas en el Informe se han ido agrandando con los nuevos factores que condicionan la comunicación en los últimos años. Este es el caso del “olvido” de las relaciones entre cultura y políticas de comunicación, o la ausencia de la perspectiva de género o, muy especialmente, la falta de referencia a la sociedad civil, tema fundamental en el debate moderno cuya importancia subrayan diversos autores de este monográfico (Calabrese, Mattelart, Mowlana).

Sin embargo, Mustapha Masmoudi, integrante de la Comisión MacBride, subraya en estas páginas el hecho de que gran parte de las posiciones del Informe son hoy reapropiadas por la sociedad civil. Para Mowlana, los importantes cambios registrados desde la aprobación del documento en 1980 hasta ahora suponen que “el debate

sobre información y comunicación que comenzó hace varias décadas con el Informe MacBride no murió ni disminuyó, sino que aparece inserto en un nuevo contexto a escala global”.

En el mismo sentido, hay autores han señalado el valor positivo de las ideas contenidas en el Informe. Claudia Padovani lo hace en estas páginas, coincidiendo con Mastrini y de Charras (2004), quienes han señalado que “las ideas contenidas en las cinco áreas claves del informe (...) constituyen un aporte importante para legitimar la noción de derecho a la comunicación, superador del ya obsoleto concepto de libertad de prensa, y mucho más abarcador que el de derecho a la información”.

Revisar lo sucedido con el Informe MacBride a 25 años de su publicación constituye una tarea que atañe tanto a los estudiosos como a los profesionales de la información y también a los gestores de las políticas de comunicación. Invitados a reflexionar sobre ello, Beltrán concibe el documento final de la Comisión MacBride como “fruto de la ecuanimidad acompañada por la prudencia”, en tanto que Pasquali afirma que “el mejor pensamiento que piensa hoy comunicaciones lo sigue haciendo, consciente o inconscientemente, empleando en menor medida vocabularios forjados por diferentes escuelas y disciplinas y en mayor medida un vocabulario “unesquiano” que salió de documentos para iniciados para ser trasegado *urbi et orbi* justamente por el Informe”. Por su parte, Gaëtan Tremblay señala que “el Informe MacBride no se equivocó, sino que fue dejado de lado y nunca fue implantado”. En un sentido similar, Fernando Quirós defiende el contenido de un Informe cuyo “diagnóstico era correcto y acertado”.

En relación a la vigencia del documento, Enrique Sánchez Ruiz destaca que los rasgos enunciados por el Informe se han agudizado desde entonces en un contexto de mayor interdependencia e interconexión, en un esquema en el que la expansión de los flujos culturales debería justificar una mayor atención a las recomendaciones de hace 25 años. En el mismo sentido, Valério Brittos describe la profundización de la concentración de las actividades de información y comunicación y el crecimiento de los desequilibrios informacionales que fueran oportunamente eje de los análisis de la Comisión presidida por Seán MacBride. Otro de los colaboradores del presente número, Ramón Zallo, constata la vigencia de al menos tres tesis del “viejo”

NOMIC: la importancia asignada a la información y a su distribución en las sociedades modernas, el flujo desigual de contenidos audiovisuales, y la necesidad de garantizar la diversidad cultural, debate que es reeditado actualmente a partir de la Declaración Universal sobre Diversidad Cultural de la Unesco (2001).

En cuanto a los efectos del Informe, Eddie Kuo y Xu Xiaoge destacan el “fuerte ímpetu” que dio a los medios asiáticos para reclamar una voz propia que estuviese en pie de igualdad con los medios occidentales. Por su parte, Andrew Calabrese valora la previsión de una “globalización” que, en lugar de significar la división entre los ciudadanos del mundo, suponía reconocer nuestra común humanidad en una propuesta de gestión de tensiones que aspiraba a brindar una pauta de multilateralidad hoy ausente. Por otro lado, Miquel de Moragas y Josep Gifreu coinciden en señalar el efecto beneficioso de aquel debate en las políticas de comunicación de Cataluña en el postfranquismo.

La etapa postMacBride

El período “post MacBride” se convierte rápidamente en el período de “olvido del MacBride” y de renuncia al NOMIC. La llegada a la presidencia de Estados Unidos de Ronald Reagan (1981) hacía aún más difícil cualquier posibilidad de entendimiento de los diferentes polos en conflicto en el seno de la Unesco, en gran parte por la visión unilateral (no multilateral) de las relaciones internacionales del nuevo gabinete presidencial norteamericano. Aunque el NOMIC se había convertido en un tabú para la propia la Unesco, ya no había posibilidad de reestablecer un clima de entendimiento suficiente: en diciembre de 1983 Estados Unidos anunció su retirada, que se hizo efectiva un año después y que estimuló también la salida del Reino Unido de la organización internacional. La marcha fue justificada, en parte, por la deriva de la política de comunicación de la Unesco, a la que los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher acusaban de haberse convertido en un ente burocrático y de atentar contra los cimientos de las sociedades libres occidentales, particularmente contra la libertad de prensa. La experiencia histórica ha ido demostrando, sin embargo, que la razón más importante de aquella retirada fue el abandono del multilateralismo

en la política internacional. En el apartado de este monográfico dedicado a la perspectiva actual sobre la comunicación internacional, puede encontrarse un artículo de Divina Frau-Meigs sobre el retorno de Estados Unidos a la Unesco en el que se hace referencia a las razones previas que motivaron el abandono de esta organización internacional.

A partir de la Conferencia General de 1987, tras el reemplazo en la dirección general de M'Bow por Federico Mayor Zaragoza, la Unesco adopta una nueva orientación, denominada Nueva Estrategia de la Comunicación. Ésta comportaba un retorno a la retórica de defensa de la libre circulación de la información en el mundo, aunque también del refuerzo de las capacidades de desarrollo de los países menos adelantados, aunque sin poner en cuestión las causas de las dificultades estructurales para conseguir ambos objetivos. La Nueva Estrategia, aunque reconocía los desequilibrios entre países, no reivindicaba un cambio global en los procesos comunicativos. Se trataba más bien de una propuesta pragmática, centrada en aportar soluciones técnicas y fortalecer las infraestructuras y la capacitación profesional. Su objetivo, además, era conseguir un nuevo clima en la Unesco, alejado de las ásperas controversias de años anteriores.

El planteamiento técnico, que no cuestionaba las estructuras internacionales, representaba una vuelta a la orientación que tuvo la Unesco en los años 50 y 60. En este contexto, el PIDC constituía un instrumento de la Nueva Estrategia. Como sostiene Martín Becerra en estas mismas páginas, el PIDC adopta la antigua matriz conceptual “desarrollista” e incluso, “difusionista”. De todas maneras, éste siempre ha dispuesto de escasos recursos y eficacia en la transferencia tecnológica. Sus ayudas pueden calificarse de insuficientes, de insignificantes, como se pone de manifiesto en el artículo de Isabel Fernández Alonso sobre las políticas de comunicación de la Unesco.

El MacBride y la CMSI

En este contexto, la ONU realiza la convocatoria de la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información (Ginebra 2003–Túnez 2005). El organismo responsable de organizar esta cumbre no es la Unesco, sino la Unión Internacional de

Telecomunicaciones (UIT), ente de carácter más técnico y, también, más cercano a los sectores empresariales e industriales que participan de su dinámica de funcionamiento institucional.

La Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información (CMSI) constituye un espacio de debate a nivel internacional sobre cuestiones políticas, tecnológicas, normativas y organizativas de la información y, en tal sentido, fue acogido como oportunidad por el sector de la sociedad civil, que está representado en las deliberaciones. Desde la creación de la ONU ha habido pocas convocatorias como la presente en la CMSI y ello contribuyó a alentar expectativas sobre el desarrollo de la Cumbre Mundial.

No obstante, las declaraciones oficiales de la CMSI en su primera etapa distaron de satisfacer e incluir demandas del sector de la sociedad civil, mientras que fueron apoyadas por el sector corporativo privado y por las delegaciones gubernamentales.

Uno de los ejes que sintetiza las diferencias de enfoque manifiestas en la CMSI entre gobiernos y sector corporativo privado por un lado, y sociedad civil por el otro, es el que atañe a la comunicación. De hecho, mientras que en su historia la ONU, fundamentalmente a través de la Unesco, canalizó los debates internacionales sobre políticas de comunicación, esta vez la CMSI ha omitido toda referencia a la comunicación, con su connotación dialógica y su potencial deliberativo y democratizador. En las páginas que siguen, Patricio Tupper analiza las omisiones de la CMSI y el peculiar papel de la UIT en la organización de la Cumbre Mundial en el marco de la transformación de “ciertos conceptos caros al Informe MacBride como acceso, participación y derecho a la comunicación en nociones meramente técnicas de “acceso digital”. También Padovani, quien ha comparado las declaraciones oficial por un lado, y de la sociedad civil por el otro, con el Informe MacBride, concluye señalando que existe una mayor correspondencia entre la posición de la sociedad civil y el Informe de 1980 que entre estos documentos y la Declaración Oficial de la CMSI.

El sello de la UIT y su énfasis puesto en la disseminación de infraestructuras, observando los temas de la Cumbre desde la perspectiva tecnológica, destacan en los fundamentos de los documentos aprobados hasta ahora en la CMSI, lo que ha motivado al sector de la sociedad civil a

redactar otra declaración. En la Declaración de la sociedad civil se subraya, en cambio, que “la información y el conocimiento se están transformando cada vez más en recursos privados que pueden ser controlados, vendidos y comprados, como si se tratara de simples mercancías y no de elementos fundamentales de la organización y el desarrollo social”, por lo que se reconoce “la urgencia de buscar soluciones a estas contradicciones, ya que se trata de los principales desafíos que se plantean en las sociedades de la información y la comunicación” (Sociedad Civil en la CMSI, 2003).

El interrogante que surge a propósito de la Declaración de la sociedad civil —titulada “Construir sociedades de la información que atiendan a las necesidades humanas”— es si una Cumbre Mundial que está abocada a tratar la centralidad de la información en las sociedades contemporáneas (centralidad económica, cultural, social y política) puede omitir la articulación e influencia ejercidas entre las políticas de información y de disseminación tecnológica, las políticas culturales y educativas, y las políticas comunicacionales y del sector de medios de comunicación. Así como existe una creciente convergencia en el plano de las tecnologías y de las rutinas productivas entre las telecomunicaciones, las industrias culturales clásicas y la informática, parece razonable que el desarrollo de las políticas en estos sectores tienda a hallar puntos de contacto y de mutuos condicionamientos.

Los planteamientos de la Unesco sobre diversidad cultural en las últimas dos Conferencias Generales (2001 y 2003), en la Declaración Universal de 2001 y la preparación de una convención sobre la protección de la diversidad de los contenidos y expresiones de la cultura y el arte, procesos contemporáneos a la celebración de la CMSI, pueden ser analizados también a partir de las relaciones entre cultura, comunicación e información. De hecho, en la definición de cultura adoptada por la Unesco en la Declaración Universal sobre Diversidad Cultural se advierte que hay lazos inseparables entre las dimensiones cultural, comunicativa e informativa: “La cultura debe ser considerada como el conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Engloba las artes y las letras, los modos de vida, las formas de convivencia, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias” (Unesco, 2001).

De esta manera, la CMSI en su primera fase ni siquiera encuadra las posiciones y declaraciones que sobre diversidad viene construyendo la Unesco, a pesar de tratarse en ambos casos de iniciativas desarrolladas en el seno de las Naciones Unidas. El texto de Robin Mansell en este monográfico destaca que tanto la Declaración de la CMSI como su Plan de Acción cuentan con objetivos a ser alcanzados hacia 2015, “pero casi todos ellos se refieren a las tecnologías de información y comunicación antes que al proceso de comunicación”.

La supeditación del factor cultural al factor tecnológico que distingue la tendencia dominante en la CMSI, fruto de controversias entre actores gubernamentales, del sector corporativo privado y de la sociedad civil que afloran en la preparación de la etapa *tunecina* de la Cumbre Mundial, es un síntoma de la falta de apropiación de las recomendaciones del Informe MacBride a 25 años de su publicación y aprobación en la ONU. A tal punto se destaca esa falta que, para Mattelart, “se ha tejido una leyenda negra alrededor del Informe y del tema NOMIC e incluso hoy, dentro de la propia Unesco, pocos se atreven a recordar estos antecedentes”.

Por limitaciones propias y por la influencia de un contexto bipolar de Guerra Fría, con un anhelo de conversión del mundo en un escenario de multilateralidad que fue sepultado tras la ofensiva neoconservadora de los años ochenta, el Informe MacBride no incluyó la participación activa de la sociedad civil como recomendación de diseño y ejecución de políticas de comunicación, así como no previó la radical fragmentación mundial que, como señala García Canclini (1998), es un rasgo inherente e inalienable de los procesos globalizadores. No obstante, el Informe MacBride trazó una hoja de ruta para la comprensión de los problemas culturales que asignaba la prioridad a la interacción social y concebía a las tecnologías como herramientas al servicio de políticas.

La necesidad de garantizar la pluralidad y diversidad de voces en un mundo cada vez más interconectado resume, en el título del Informe MacBride, la inspiración humanista de sus conclusiones. Es la necesidad de sostener esa inspiración ante los desafíos actuales convocando a respuestas renovadas, así como la convicción de que la racionalidad técnica sólo se traduce operativamente en viejas recetas de transferencia tecnológica que han

demostrado reiteradamente su ineficacia, lo que motiva la edición del presente monográfico. Muchos de los más prestigiosos autores del campo de las políticas de la comunicación y la cultura asumen esa necesidad y honran este esfuerzo con su inestimable colaboración y su generoso testimonio.

Notas

- 1 Contará con ediciones impresas en catalán y en español, también dispondrá de ediciones en línea (en catalán, español e inglés), que serán difundidas, por los sitios web del CAC (www.audiovisualcat.net/) y por el Portal de la Comunicación del InCom-UAB (www.portalcomunicacion.com).
- 2 Unesco (1963). *Statistiques de la radiodiffusion et de la television 1950-1960*. París: Unesco.
Unesco (1979). *Statistics on Radio and Television 1960-1976*. París: Unesco.
- 3 LERNER, D., (1958). *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. New York: Free Press.
- 4 SCHRAMM, W. (1964). *Mass Media and National Development, The role of information in developing countries*. Urbana: University of Illinois Press. Este libro fue reeditado en español, en 1967, bajo el título *El papel de la información en el desarrollo nacional* (Quito: CIESPAL).
- 5 SCHRAMM, W. (1969), “El desarrollo de las comunicaciones y el proceso de desarrollo”, en PYE, L. W. (ed). *Evolución política y comunicación de masas*. Buenos Aires: Troquel (Resumen en: www.nombrefalso.com.ar/materias/apuntes/html/schramm.html)
- 6 Recogidas en *Pedagogia do oprimido* (1968). São Paulo: Editora Paz e Terra.
- 7 BELTRÁN, L. R., en entrevista concedida a *Pensamento Comunicacional Latinoamericano*, volumen 1, nº 1, octubre diciembre de 1999: www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista1/entrevista1.htm

- 8 Cabe citar, entre otras, las reuniones de expertos en Bogotá (1974) y Quito (1975), la reunión intergubernamental sobre políticas de comunicación en Costa Rica (1976), el simposio sobre comunicación del Movimiento de Países No Alineados en Túnez (1976). Con anterioridad, en 1969, se celebró en Montreal una reunión de expertos auspiciada por la Unesco en la que se constató la situación dependiente, tanto informativa como culturalmente, de los países del Tercer Mundo, lo que se consideraba una amenaza para sus señas de identidad. También se hizo hincapié en la centralización de la producción comunicativa en los estados más avanzados, y en la consiguiente deformación en la construcción del mundo transmitida por los media. Asimismo, se reclamó atención a las necesidades propias de las áreas en desarrollo, remarcando no podían entenderse desde la traslación de las necesidades de los países desarrollados. A partir de la reunión de Montreal la Unesco comenzó a cambiar sus planteamientos sobre la información y la comunicación, lo que motivaría el inicio de las disputas entre partidarios y detractores de la libre circulación de la información.
- 9 Accedió a la dirección general en 1974 y fue sustituido en 1987 por Federico Mayor Zaragoza.
- 10 Con Seán MacBride formaron parte de la Comisión: Mustapha Masmoudi (Túnez) —que colabora en este monográfico—, Elie Abel (EEUU), Hubert Beuve-Méry (Francia), Elebe Ma Ekonzo (Zaire), Gabriel García Márquez (Colombia), Sergei Losev (URSS), Mochtar Lubis (Indonesia), Michio Nagai (Japón), Fred Isaac Akporuaro Omu (Nigeria), Bogdan Osolnik (Yugoslavia), Gamal El Oteifi (Egipto), Johannes Pieter Pronk (Países Bajos), Juan Somavía (Chile), Boobli George Verghese (India) y Betty Zimmerman (Canadá), que era la única mujer integrante de la Comisión.
- 11 Entre ellas, las de Giuseppe Richeri (Italia), Cees Hamelink (Holanda), Luis Ramiro Beltrán (Bolivia), Wilbur Schramm (EEUU), Fernando Reyes Matta (Chile), Jean Schwoebel (Francia), James D. Halloran (Reino Unido), Oswaldo Capriles (Venezuela)...
- 12 Unesco (1980). *Many Voices, One World. Report by the*

International Commission for the Study of Communication Problems. París: Unesco y Londres: Kogan Page.

Unesco (1980). *Un solo mundo, voces múltiples*. Informe de la Comisión Internacional sobre problemas de la comunicación. París: Unesco y México: FCE.

- 13 El PIDC fue ampliado en el II Plan a Medio Plazo (1984-1989), confirmado en el III Plan a Medio Plazo (1990-1995) y se mantiene aún vigente en 2005. Su misión es la promoción de “medios libres y plurales” en los países en desarrollo y en los países en “transición” (ver portal.unesco.org/ci/en/ev.php-URL_ID=13270&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html)

Bibliografía

BELTRÁN, L. R (1993), “Comunicación para el desarrollo en Latinoamérica. Una evaluación sucinta al cabo de cuarenta años en La iniciativa de la comunicación”, IPAL, Lima. Disponible en www.comminit.com/la/pensamientoestrategico/lasth/lasld-754.html

CARLSSON, U. (2003), *The Rise and Fall of NWICO – and Then?: From a Vision of International Regulation to a Reality of Multilevel Governance*, mimeo, ponencia presentada en el EURICOM Colloquium, Information Society: Visions and Governance, Venecia, Italia, Mayo de 2003. Disponible en www.bfsf.it/wsis/cosa%20dietro%20al%20nuovo%20ordine.pdf

GARCÍA CANCLINI, N. (1998), “La globalización en pedazos: integración y rupturas en la comunicación”, en *Diálogos de la Comunicación* nº 51, FELAFACS, Lima, p. 9-23.

Hamelink, Cees, (ed) (1980), *Communication in the Eighties: A Reader on the MacBride Report*, Rome, IDOC Internacional.

Hamelink, Cees, (1987) “MacBride with Hindsight”, en Peter Golding y Phil Harris (Eds.) *Beyond Cultural Imperialism*, Londres, Sage.

Mastrini, Guillermo y Diego de Charras (2004), "20 años no es nada: del NOMIC a la CMSI", bibliografía de la cátedra de Políticas y Planificación de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mimeo, 13 p.

Sociedad Civil en la CMSI (2003), "Construir sociedades de la información que atiendan a las necesidades humanas", Declaración de la sociedad civil a la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, Ginebra, mimeo, 27 p.